

gular, teniendo por objeto principal conservar el puesto para el Gral Santa-Anna. El carácter transitorio del Presidente que hacía inseguro y como flotante y entregado á vaivenes caprichosos, este periodo, hace que no se le pueda examinar con detenimiento. Entre tanto, varios conservadores con D. Lucas Alamán á la cabeza, se habían puesto en contacto con Santa-Anna. Los moderados no podían apoyarlo porque se habían desprendido del núcleo que formaba Arista, y los liberales exaltados llamados puros, se convirtieron en más y más intransigentes, alentados por la anarquía y por la relajación total de los vínculos que unían á las entidades federativas con el centro.

El grupo de serviles y de clérigos que tomó el nombre de partido conservador, entonces reconocía por principal agitador de la revuelta á D. Antonio Haro, y por director político á D. Lucas Alamán; estos enviaron al general Santa-Anna, al Coronel Escobar que escribió en un tiempo, con el nombre de Cabos y Sargentos, en un periódico de Veracruz, defendiendo con vehemencia la tiranía y todos los desmanes del ejército. Este fué encargado de pintar la situación á Santa-Anna, según su modo de ver y conforme á las miras del partido retrógrado.

Determinada la elección de Santa-Anna, se agolparon como animales sedientos al caudillo que tenía en sus manos los destinos del país; y todos los egoístas, todos los destineros, todos los vagos, todos los clérigos conspiradores de la política, todos los mil ladrones que ha-

bían vestido con el traje de negocio y de servicio el robo y la desvergüenza, formaron grupos encontrados, y apartaron todos los medios de adulación para atraerse al dictador. Alamán con perspicacia sutil había enviado al encuentro de Santa-Anna á D. Antonio Haro, llevándole una especie de carta-programa para su gobierno, que se reducía al aniquilamiento de toda institución popular, centralización del poder, exaltación del clero, preponderancia del ejército, distribución por la mano del dictador hasta de los haberes de los municipios, aniquilamiento de las libertades de comercio, adoptando el sistema prohibitivo en los aranceles; en una palabra, el odio á todas las libertades, el atropello á todos los derechos del hombre y la recrudescencia de los recuerdos de los peores tiempos de la Colonia y los Virreyes; y no obstante lo absurdo, lo inconcebible de tal programa, la influencia del clero, la de los agiotistas y la de los vagos y politiqueros sin principios, no sólo le presentaban como hacedero, sino que le dieron partidarios en casi toda la República, con muy honrosas excepciones.

Se centuplicaron las fábricas de entusiasmo para recibir al desterrado de Turbaco; proclamas, poesías, musicos, retratos del héroe, exhumación de parentescos, aparición de apasionados, amonestaciones á la policía para cortinas, cohetes, y ensayos de comisiones de felicitación, en suma, lo imponderable, lo inconcebible, lo prodigioso y contranatural se pusieron al servicio de la lisonja. Envióse una comisión hasta Turbaco á traer

al ilustre desterrado, compuesta de D. Ignacio Basadre, D. Teodosio Lares, D. Miguel Lerdo de Tejada, D. José Ramón Pacheco y el Sr. García, mosaico heterogéneo, que en realidad no representaba sino lo indeciso y lo inconsecuente de las opiniones dominantes. La recepción de Santa-Anna en Veracruz, fué estupenda, y con esas fórmulas cómicas, caricaturas siempre de los honores rendidos á los soberanos, varios Estados enviaron embajadores, y todos se esforzaron por colmar de alabanzas y ensalzar las glorias del héroe de Tampico. Una nota discordante, que desde entonces se quiso envolver en el olvido, y que sin embargo fué muy significativa: ella se refiere al discurso del Sr. Lic. Joaquín Ruiz, enviado por Puebla y de cuyo incidente quiero hablar con alguna detención.

El Lic. D. Joaquín Ruiz era, según opinión común, de una familia obscura, de raza indígena; sus padres, labradores con algunos bienes de fortuna, pusieron al hijo en el Colegio luego que tuvo edad competente y después de haber aprendido las primeras letras.

El joven se distinguió desde luego por su constancia en el estudio, su circunspección y reserva, y por su aislamiento que unos atribuían á orgullo y otros á una naturaleza débil y enferma.

Recibido de licenciado, circunstancias particulares dieron crédito á su bufete, y algunos negocios que tuvieron roce con la política, dieron á conocer la firmeza de sus opiniones liberales, su independencia de carácter y su saber profundo.

Con tales dotes, y tratándose de una población semi-levítica como Puebla, aunque Ruiz parecía alejarse de la sociedad, era solicitado por los pocos liberales que allí existían, y contado como hombre de gran valía en el partido moderado.

Sus costumbres irreprochables y sus creencias y prácticas cristianas le hacían respetable del clero y sus adeptos y le afirmaban en la opinión como hombre de alta importancia.

De esta manera fué el elegido para ir á Veracruz á felicitar á Santa-Anna para exponerle con toda verdad su situación y la del país.

Ruiz aceptó tan delicada misión y casi desapercibido fué á Veracruz.

Santa-Anna se hallaba entre el estrépito de la recepción, en el gran salón en que flotaban los cortinajes, brillaban los espejos colosales en el remolino de estandartes, banderas y entorchados lujosos y del pueblo que llenaban el salón.

Llamáronse por turno á varios comisionados, y llegada su vez, se acercó tímido y desgarbado al *solio* el Sr. Ruiz.

Era este un hombrecillo de talla menos que mediana, flaco y de pronunciado color trigueño, encogido de movimientos y de conjunto vulgar de tinterillo de pueblo.

Acercóse á Santa-Anna que le vió con menosprecio lo mismo que sus ayudantes y los próceres que le rodeaban.

—Esta pompa señor, le dijo; ese exagerado entusias-

mo que os rodea es la irrisión de la verdad. La nación no cree ni puede tener esperanza en vos, que la ha sacrificado siempre á su ambición y su capricho.

A estas palabras, Santa-Anna se volvió iracundo, y reprimiéndose, le mandó continuar.

—V. E., viene de la mano del partido enemigo de la independencia, enemigo del progreso del país, órgano de las clases privilegiadas, ladrón de los intereses del pueblo, y á V. E. le creen un manequí á quien hace sumiso la ambición de mando.

Santa-Anna dijo medias palabras, mostrándose furioso en contra de Ruiz; pero éste, impasible, continuó:

—Yo he sido enviado para decir á V. E. la verdad. V. E. no tiene principio alguno político, es el ídolo del clérigo relajado y del soldado prostituído.

Santa-Anna no quiso oír más y mandó que sacaran del salón á Ruiz; éste se propuso proseguir, hasta que lo arrancaron del salón, cuando le decía: De V. E. no espera el pueblo mas que males, haga porque se le engaña.

Ruiz fué una pesadilla de Santa-Anna.

—¿Quién es ese indio indecente? preguntaba; y le perseguía, desterraba y molestaba, sin que ni por un instante Ruiz solicitase gracia, ni mostrara arrepentimiento de su conducta patriótica y valiente.

Tres entidades se disputaban la posesión y dirección de Santa-Anna; los conservadores (nobles de pega, soldados fanfarrones y agiotistas), los clericales y los merodeadores intrusos y vagos explotadores del desorden.

Pero en lo más profundo se distinguían dos influencias más, representadas por Alamán, es decir, antiguo partidario de las clases privilegiadas y otra de D. Manuel Escandón y otros negociantes, representantes ante todo, de los negocios de agio.

El primero puso á Haro cerca de Santa-Anna y le tenía subyugado al partido conservador.

El segundo casi inapercibido y como á excusas, había preparado sus redes como extraño á la política, halagando los gustos y regando dinero sobre los resortes íntimos de sus pasiones más recónditas, con astucia y habilidad admirable.

Santa-Anna entró á México con inusitada pompa, entre repiques, vítores, cohetes y músicas. Tomó posesión de la Presidencia, y á poco nombró su Ministerio compuesto de D. Lucas Alamán, D. Antonio Haro y Tamariz, Teodosio Lares, Joaquín Velázquez de León, Bonilla D. Manuel y José María Tornel.

En el sentido del programa de Alamán, se emprendieron con resolución todas las reformas que propuso Alamán, destruyendo los pocos recursos de los pueblos, agravando la leva, insolentando al clero, etc., tratando de retrogradar á una época imposible.

Santa-Anna, como siempre, se rodeó en lo privado, de la corte viciosa y rastrera que le hacía atmósfera.

Alguna familia que no quiero mencionar, se hizo centro y parodia de la familia Real. Aparecieron como brotando de debajo de la tierra, tahures condecorados, rufianes, contratistas, galleros, próceres, horizontales,

pensionistas y canalla que no había podido figurar ni entre los personajes del Manolo.

Pronto se hicieron de moda los cabildos, el ejército y los favoritos; y las casas tomaron un aspecto grotesco, ostentoso, heterogéneo y ridículo.

Pero la influencia poderosa la ejercían Escandón y los suyos.

La influencia del grupo industrial financiero había sido tal, que no obstante las filípicas de Alamán, los odios de Haro y la predicación constante contra los vampiros del Erario, como llamaban á los agiotistas, y á pesar de haber intervenido entre la baja servidumbre de Santa-Anna, espías y obstáculos de sus viejas amistades, los negociantes se filtraban, y en el regalo del mueble, en el fomento del vicio, en la alhaja preciosa, en todas partes, estaban representados con tal maña y sutileza que al entrar en Guadalupe Santa-Anna, vino en la carretela de Escandón, quien había ordenado todo lo concerniente al viaje y mandaba en el interior doméstico de Santa-Anna, como si fuese la persona principal de la familia.

Era Santa-Anna semejante á ciertas mujeres de malos hábitos, que entregándose á devociones piadosas exteriormente, cultivan en reserva sus malas costumbres y peores instintos.

La muerte del Sr. Alamán acaecida en Junio de 53, desbarató como con un soplo el alcázar de naipes de la centralización y de la monarquía, refaccionando po-

derosamente el valor de la camarilla antigua de Santa-Anna que le precipitó en el 6 de Diciembre.

El Sr. D. Manuel Diez de Bonilla y el Sr. D. Ignacio Aguilar y Marocho aparecieron en el Ministerio figurando el primero, como reemplazo del Sr. Alamán y el segundo, en el lugar del Sr. Bonilla; pero esta modificación era de todo punto ineficaz para reparar los males de las circunstancias que desde los últimos días de Alamán se agravaban y producían aquella atmósfera malsana, productora del desprestigio y de la muerte de los gobiernos. La modificación del Ministerio poco ó nada influyó en el cambio de la política; con Alamán había muerto la importancia del partido ó sea el grupo colonial de soldados ignorantes y déspotas, fanáticos, estúpidos, abarroteros enriquecidos, muchos de ellos con el contrabando, y empleados comodines y egoístas.

Quedaban influyendo los filibusteros del contrabando y los merodeadores del tesoro, unidos á los favoritos aparecidos con orgullo por arrobos y hambre y sed de figurar y enriquecerse.

Diputados y senadores habían huído como pájaros con el estrépito de las armas de fuego. Caían de sus empleos los que ayer fueron próceres y brotaban á pelo de tierra, chicos, hablando como jarochos, fumando su tabaquillo y regando picardías por todas partes.

En los entresuelos de la Presidencia se alojaron los ayudantes, y las escaleras de los patios interiores estaban transitadas por valentones desastrados, galleros,

buscavidas é insolentes, horizontales graduadas de viudas y pensionistas y ahijadas de tal ó cual clérigo contemporizador y mundano.

Santa-Anna vivía en Tacubaya en el Palacio Arzobispal; los bajos de ese Palacio estaban ocupados por tropas, asistentes y servidumbre turbulenta; por la parte exterior había chimoleras, vendimias, concurrencia extraordinaria de pretendientes en coches particulares y de sitio, en suma, un conjunto abigarrado en holgura y bebiendo para aligerar la pesadez de la espera. La parte superior del Palacio, estaba dividida en dos partes: á la izquierda la habitación del Presidente y las piezas corridas de los ayudantes y visitas de Su Alteza.

No es mi ánimo alzar el velo que cubría la parte íntima de la vida del Presidente, ni del desorden en la Administración, producida por la irregularidad en los negocios y trámites entre México y Tacubaya.

La muerte casi repentina del Sr. Gral. D. José María Tornel, Ministro de la Guerra, produjo como siempre, caída de encumbrados favoritos, derrumbamiento de fortunas dudosas, eclipses de beldades, desengaños de aspirantes y fiebre de aspiraciones insolentes.

La prensa fué especialmente perseguida, y Don Ponciano Arriaga y yo, refugiados en el *Monitor Republicano*, con Francisco Banuet, Sabás Iturbide, Alcaraz, Torres Cano, y otros que no recuerdo, disparábamos con frenesí nuestros tiros á aquella dictadura brutal y ridícula, teniendo á la cabeza á nuestro valeroso editor D. Vicente García Torres, quien con decisión

heroica aventuraba intereses y vida en cada uno de los artículos que se publicaban, aunque firmados con nuestros nombres; uno de los artículos que más llamaron la atención se titulaba «Arcos triunfales» y se refería en gran parte, á la entrada triunfal del Presidente, pero con tal vehemencia, con tan intensa hiel de sarcasmo, que se le señaló como primera de las víctimas, después de haber lanzado una orden de destierro tremenda, en contra de D. Vicente García Torres, quien salió escoltado para Monterrey, como un criminal, después de haberse cometido inauditos atropellos en sus intereses y familia. Los redactores del periódico resolvimos entonces, constituirnos responsables por turno, uno de cada número del periódico, comenzando por D. Domingo Revilla, quien fué amonestado por la policía lo mismo que los otros redactores.

Con motivo del día onomástico de su Alteza Serenísima, se publicaron en un mismo día dos artículos de felicitación, uno en el *Calavera*, periódico que redactaba D. Eufemio Romero y otro en el *Monitor* firmado por mí.

Ambos artículos se habían escrito con ponzoña de alacranes, con la diferencia de que el de Romero era en realidad una queja de los liberales por la preponderancia de los conservadores, y el mío, sarcástico y desvergonzado, celebrando la frustración que presumía de las esperanzas del partido retrógrado, deslizándome á marcar algunos rasgos del carácter tornadizo del desterrado de Turbaco.

No tardaron ni cuarenta y ocho horas en producir

sus efectos enconosos de aquellos artículos, pues antes de ese término habíamos sido conducidos á la presencia del Dictador.

Era Romero un verdadero mendrugo de carne humana, negro y machucado, con sus lustres de charol de grasa y sus nudos y frunzones para conservar la forma del maltratado vestido; y, sin embargo, aquel hombre era estudioso, liberal de principios, firme en sus convicciones, y sorprendía su talento y tino para las cuestiones, tanto más, cuanto que formaban una especie de contraste con su triste figura y su estudio encogimiento.

Eufemio Romero era natural de Veracruz, hermano de D. José Romero, favorito de Trigueros y debía su pobreza y aislamiento á la dignidad con que rechazó siempre todo favor de Santa-Anna; éste no lo conocía mas que de nombre y por las señas, así es que, al vernos en su presencia, se dirigió impetuoso á Romero, señalando el artículo en cuestión, y le dijo con la voz sorda de la cólera:

—Eh! dígame Ud. de quién es este artículo para arrancarle la lengua!

—*En estos casos*, respondió Romero con frialdad extraordinaria, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Yo lo he llamado á Ud., so escarabajo, para oír de sus labios, quién es el infame que ha escrito el artículo! y contestó Romero con la misma imperturbable sangre fría que antes:

—En estos casos, señor, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.

—¡Indecente!, continuó Santa-Anna, ¡haga Ud. lo que le digo!

—Pues señor, en estos casos....

—¡Silencio, quíteseme Ud. de delante!

Romero se aprovechó del iracundo pasaporte, y puso pies en polvorosa.

Santa-Anna, todavía excitado por la cólera, se volvió á mí, y me dijo:

—¿Ud. es el autor del artículo del *Monitor*?

—Sí señor.

—¿Y no sabe Ud. que yo tengo muchos calzones?

Yo como había escrito en tono sarcástico, aunque con miedo, quise seguir la broma, y le respondí:—Sí señor, ha de tener Ud. más que yo.

—Me parece que es Ud. insolente, y yo sé castigar y reducir á polvo á los que se hacen los valientes; eso lo ejecuta cualquier policía, pues Ud. ó se desdice de sus injurias y necesidades ó aquí mismo le doy mil patadas. ¿Qué sucede?

—En esas estoy, en ver lo que sucede.

A estas palabras, Santa-Anna, apoyándose en una mesa que allí había, y levantando el bastón, se acercó á mí, y yo, por una puerta excusada, me escurri violentamente; no sé si más temeroso ó iracundo de la entrevista con el Dictador.

La muerte del Sr. Tornel, acaecida en esos días, im-

primió á la política mayor tono de intolerancia y persecuciones.

A Ruiz se había confinado á un destierro en no sé qué pueblo de la República, y á la vez se expidieron iguales órdenes en contra del Lic. D. Miguel Buenrostro, D. Melchor Ocampo, el Lic. Ponciano Arriaga y yo.

Yo vivía en Tacubaya en una pequeña casita, á la subida de lo que llaman el empedrado, y tenía entonces por vecindad la preciosa quinta que formó Bardet, y después fué propiedad de D. Martín Castillo, á quien la compró últimamente D. Manuel Romero Rubio. Mi casita era muy pobre, en ella habitábamos, María, mi primera esposa, y mis dos hijos Manuel y Francisco, que eran muy pequeños. La casa estaba ubicada á la entrada, digámoslo así, del camino que conduce al Arzobispado, residencia entonces de su Alteza Serenísima. Por supuesto, aquel era un punto de tránsito de Ministros y próceres, potencias militares y pretendientes de todo género, coches, caballos, vendimias y centro de vida activísima de toda clase de personas.

El día menos pensado, (29 de Junio de 1853) á la entrada de la noche y con grande aparato de fuerza, se vió rodeada mi casa de policías y soldados; el que los mandaba puso una orden de destierro en mis manos, y fuí arrancado del seno de mi pobre familia, que quedó sumergida en la miseria y en el desamparo. Entre tanto, los negocios de gobierno parecían seguir viento en popa.

En el palacio de Tacubaya se sucedían sin interrup-

ción, banquetes de próceres y favoritos, tertulias en que brillaba con la alegría la hermosura, y lances carnavalescos, que ponían como en relieve los vicios constitutivos del carácter de Santa-Anna, y el acaso caprichoso á que se entregaba el gobierno.

La crónica escandalosa, con ciertos ó supuestos fundamentos, hablaba de escenas verdaderamente asquerosas, de rapiña, de juego, de seducción y de maldades, y villanías que en último resultado costeaba el gobierno, hospedándose en el presupuesto hijos de viudas seductoras, advenedizos oficiales, nombrados ó ascendidos en las batallas de las sobremesas, y favoritos beneficiados con comisiones, trabajos oficiales, encargos secretos; pero aunque muchas de estas acusaciones eran inventadas por el rencor y el interés de partido, otras muchas eran ciertas, formaban opinión, y determinaron una propensión á la revuelta incontenible, convirtiéndose en tentación poderosa de toda clase de descontentos; Santa-Anna, verdaderamente ebrio con las adulaciones de la prensa, con las exageradas ponderaciones de su talento, y su heroísmo, se creyó como con una especie de ciencia infusa para no pedir consejo en materia alguna, decidiendo, según las inspiraciones de su soberbia, de su suficiencia y de su ignorancia. Las personas que le trataban muy de cerca, decían que del sólo libro que podía dar razón, aunque imperfectamente, era «La Casandra,» y en su conversación cuando decía *demagos* por demagogos, *sección de la cámara* por sesión y *dracma* por drama, y otras bar-